

Otto Dix, «Muertos
en la Posición de Tahure».



ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

Quien, distante o próximo espectador de la última guerra, haya podido contemplar el cúmulo de secuencias televisivas emitidas por los medios de difusión, habrá podido comprobar cómo los presupuestos de su génesis, los dramáticos episodios de su desarrollo y las síntesis de su desenlace han sido tratados de la misma manera que se enfatiza el trabajo, la moda, la expresión plástica o los indicadores de cotización mercantil. La guerra se ha transformado en un modelo más de *simulación icónica*, donde poder y muerte, correlatos de todo proyecto bélico, aparecen descarnados a través de la imagen. Imágenes automatizadas en el espacio y reguladas en el tiempo, de acuerdo con la estratificación

simbólica y la asepsia de valores que tanto al poder como a la muerte se le asigna en el *modelo de simulación* que rige la cultura tecnocientífica de fin de siglo.

Como es sabido, el determinante básico de la era industrial tuvo su catalizador más radical en el proceso de producción, de la misma manera que son los *modelos de simulación* aquellos que caracterizan a la racionalidad productivista de las décadas finales de siglo, de modo que el desarrollo

de nuestra actividad vital en el marco de la modernidad viene sometida y dominada por un sistema de representaciones diferentes a los tiempos industriales precedentes. No debe extrañar, por tanto, que en estos sistemas de representaciones, los escenarios de la guerra transmitidos, como los relatos declamados de la paz, el territorio acotado a la vida, como los refugios de la muerte, no adquieran otras prerrogativas más que hacer patente la imagen del poder, es decir, una síntesis de las *simulaciones productivas* donde tiene su acogida y cobijo.

Acomodados en los principios de la racionalidad burguesa, según los cuales el poder de la ciencia es ilimitado y no importa en qué término de la serie habrá que meditar su

finalidad operativa. Complacientes con el dominio y exterminio de la naturaleza y satisfechos con la mitificación de los valores individuales, cómo no aceptar que el poder fagocite la muerte de la manera más indiscriminada.

Los fuegos nocturnos de los artefactos ofensivos y defensivos, el objetivo a destruir precisado en el visor telemático frente al inocente crematorio, innovación al dios Alá ensoñando aun en la larga noche de la escala, frente a la pérdida del bienestar que cristalizó la razón y el progreso, el insomnio que desata los sobresaltos en la cotización de valores mercantiles junto a las desnudas legiones de menesterosos alienados, o la destrucción de la memoria histórica de civilizaciones arcaicas, ya no son dualidades antagó-

nicas, ni pueden ser tabuladas como catástrofes angustiosas, la catástrofe se ha transformado en puntual accidente. El accidente, ya se sabe, forma parte de nuestra idea de progreso que permanece archivado en el *modelo de simulación*, en imágenes robotizadas que transforman estas dualidades en íconos que se neutralizan y en tan opaco y desmesurado equilibrio, todos han perdido la facultad del habla. Silencioso el poder ante el hedor de la muerte,

Desierto de espejos, donde los muertos dejan de existir

la máquina narra el acontecer distante y banal del accidente. Como si de una paranoia colectiva se tratara. El síntoma debe ser tratado como un *atentado* para con el orden establecido. Sin la palabra, la razón se esconde avergonzada de sus objetivas normas y el derroche de sus propios privilegios. El triunfo, de nuevo, como el cuadro de Brueghel, ha recaído en el desolado desierto de la muerte, ahora lleno de caleidoscopios especulares. El héroe se apila bajo la losa común del silencio y al triunfo se le saluda como un regreso rutinario del turismo de las mil batallas, y Dios como en la canción de B. Brecht, se olvida poco de rostros, manos y cabelleras. ■

Antonio Fernández Alba es arquitecto y profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Complutense de Madrid.